

Léa Cohen

La estratagema

Traducción de Liliana Tabákova

Primera edición, 2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Original title: Consortium «Alternus» by Léa Cohen
First published by Riva, Sofia
© 2005 by Léa Cohen

Este libro ha sido publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona – www.uklitag.com y Liepman AG – www.liepmanagency.com

© de la traducción, Liliana Tabákova, 2013
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © George Marks / Getty Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-25-4
Depósito legal: B. 34.185-2012
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

Primera parte: Eva (<i>Amicus certus</i>)	9
Segunda parte: Lora (<i>Amantes amentes</i>)	101
Tercera parte: Lisa (<i>Audentes fortuna iuvat</i>)	201
Cuarta parte: Víctor (<i>Alieno nomine</i>)	281

PRIMERA PARTE

Eva (*Amicus certus*)*

* En latín, «Un amigo de verdad». (*N. de la T.*)

¿Dónde están los inviernos de mi infancia? Mis queridos e irrepetibles inviernos en aquella Sofía de los años cincuenta, cuando después de las clases nos quedábamos jugando a la entrada de la escuela como si aquella pendiente fuera una pista de patinaje. Jugábamos felices en la calle hasta congelarnos y regresábamos a casa al caer la tarde con las mejillas encendidas por el frío y los pies mojados.

—¡Una tila, una aspirina y a la cama! —decretaba mi madre. Me tomaba la tila con miel, me zampaba una rebanada de pan con mantequilla y me metía en la cama con un librito. Ya haría los deberes al día siguiente.

El hijo de los vecinos, cinco años menor que yo, que tenía prohibido patinar con nosotros porque padecía bronquitis crónica, me miraba con envidia y tristeza.

—Hacía demasiado frío —le consolaba yo con hipocresía para ahorrarle tanto el relato de las jubilosas batallas con bolas de nieve como nuestra alegría por poder turnarnos todos el nuevo trineo de Sasho.

Me gustaba el invierno por las aventuras que siempre suponía, por el frío y las borrascas. En realidad, mi imaginación infantil exageraba aquellas aventuras, pues a pesar de la escasez y de

los malos tiempos que se vivían en Bulgaria, mis padres me aseguraban protección suficiente ante cualquier peligro real o imaginario.

Mi madre, por el contrario, siempre esperaba los primeros fríos con preocupación. Los presagiaba el patriarca gitano al que todos llamábamos «Mango». Jamás supe su verdadero nombre. En cumplimiento de una especie de pacto secreto con mi madre, Mango aparecía al finalizar el otoño, con su hacha filosa de cortar leña al hombro. Los preparativos para hacer frente al invierno eran un rito familiar al que mamá concedía gran importancia. Salía a la calle para esperar el carro cargado de carbón y leña. El cochero esperaba con paciencia en el pescante a que ella aprobara la mercancía antes de depositarla en la acera. Mamá estudiaba detenidamente los leños pardos y húmedos y protestaba en voz baja:

—Son otra vez de lignito y nosotros hemos pagado por hulla de Pérnik.

Traducido a mi lenguaje infantil relativo al calentamiento de la chimenea, eso significaba una habitación llena de humo, montañas de cenizas por la mañana y poco calor durante el día.

—Descuide, señora, voy a quitarle la escoria —trataba de tranquilizarla el gitano hasta que ella se resignaba y ordenaba con un ademán que empezara la descarga.

A veces, más por enseñarme a mí que por necesitar ella mi ayuda, mamá me hacía bajar al sótano algún que otro cubo de carbón. En el sótano, frío y húmedo, no había nada más que el preciado combustible para el invierno. Sasho, el chico del primer piso, una autoridad indiscutible en todas las cuestiones por tener dos años más que yo, se apresuraba a comunicarme que se había topado allá abajo con una rata enorme, pero por más aterrado que bajaba a aquel sótano, lo cierto es que la primera rata que vi en toda mi vida fue en una de las estaciones del metro de Nueva York décadas después.

Vestido con un desgastado capote militar y con su gran cabezón cubierto por un gorro de piel con orejeras, Mango maneja-

ba la pala y los dos cubos con tanta rapidez que parecían tirados por un hilo invisible que los trasladaba de la calle al sótano, mientras el hijo de los vecinos y yo, merodeando de un lado a otro, no dejábamos de estorbarle.

—¿Por qué no subís al patio? —sugería Mango, tratando de deshacerse de nosotros.

No le hacía falta repetirlo. Bajo los rayos todavía calientes del sol otoñal nos poníamos a jugar a la rayuela que teníamos trazada en las losas de piedra. Hasta en los días de lluvia y de nieve cuidábamos de que no se desdibujara. Cada uno guardaba su propio tejo en algún orificio del muro derruido.

—Niño, avisa a la señora que en un rato ya estaré listo —comunicaba Mango al cabo de un par de horas, se apoyaba en la pala para tomarse un respiro y encendía un pitillo que liaba él mismo. Luego cogía el hacha para cortar la leña. Olía bien: a tabaco fuerte, a carbón, a astillas de pino secas y a capote militar.

El capote le daba a Mango gran dignidad. A estas alturas de mi vida me pregunto si aquel personaje de mi infancia no lo llevaría más por vanidad que por no poder permitirse otro abrigo. Mi madre era generosa por naturaleza. Aunque apenas tenía qué regalarle, siempre sacrificaba algo del modesto armario de mi padre. De repente se acordaba de una camisa o un abrigo en buen estado que papá había dejado de usar y revolvía la casa buscándolos desesperada, pero nunca vi que Mango se pusiera ningún otro abrigo: Mango prefería el viejo capote de soldado por tener para él un misterioso atractivo. Tal vez le devolvía el respeto que la sociedad le negaba. Seguro que el capote era para él mucho más que un despojo. Vestido con él, Mango se sentía parte inseparable de nosotros y de los acontecimientos que nos tocaba vivir, indistintamente de qué se tratara. La sociedad de aquel entonces vetaba a los gitanos el uniforme militar, pero él contestaba a esa afrenta poniéndose voluntariamente la ropa que otros habían tirado con alivio a la basura.

Mango era casi el único que le llamaba a mi madre «señora». Y a mí, a pesar de que me pareciera muy natural que se dirigieran tanto a ella como a las demás mujeres como «camaradas», me gustaba que Mango la llamara «señora». Sí me molestaba a veces que mi padre, ateniéndose a los usos de la época, hablara de ella en público como de su «compañera». Sonaba falso y antinatural.

Cuando el gitano terminaba de bajar el carbón y la leña para almacenarlos en el sótano, mi madre bajaba para dar el visto bueno a su trabajo. Todo estaba limpio y perfectamente ordenado en pilas separadas de carbón y de leña. Mango dejaba pequeños pasillos para que mi padre pudiera alcanzarlas con facilidad. Visiblemente satisfecha, mi madre le entregaba diez levas: una cantidad considerable para la época, a las que añadía otras dos «para comprar algo para sus nietos». Luego le invitaba al calor de la cocina para agasajarlo. Él jamás se abalanzaba sobre la comida: comía con delicadeza y solo aceptaba llevarse un poco de pan. Mamá lo trataba con respeto, como trataba a todos los ancianos, lo cual me hacía a mí también ver a Mango, con su capote desgastado, como un auténtico anciano «señor», así como mi madre se volvía una «señora» gracias al trato respetuoso que él le daba.

Es imposible recordar los inviernos de mi infancia en la calle de Rakovski en Sofía sin evocar el recuerdo de Mango envuelto en el capote militar y con aquel gorro suyo en la cabeza. Tenía unos dientes muy blancos cuyo resplandor iluminaba su oscura cara cuando reía.

Sentada en el metro, Eva se sobresaltó y trató de volver a la realidad. Quizá se hubiera quedado dormida solo un segundo, pero por más que en ese momento estuviera sudando como en una sauna, aquel segundo le bastó para regresar a las calles nevadas de su infancia.

«Un caso típico de contraste simulativo —sentenció para sí misma, sirviéndose de una de las frases que utilizaba en las terapias de grupo—. Tratando de sobrellevar este bochorno insoportable, mi conciencia se ha puesto a contar muñecos de nieve y mi inconsciente a desenterrar recuerdos.»

Hacía un calor inusual: el termómetro señalaba un récord de 34 °C y la gente en Nueva York transpiraba como si estuviera en un taller de fundición. «Prefiero el insoportable frío a este calor insoportable», dijo un joven obeso sentado frente a Eva, al tiempo que con un pañuelo grande y arrugado se secaba el sudor del pescuezo. Aquel comentario le extrañó a Eva: hasta entonces solo había oído quejas del frío que hacía en Nueva York en invierno, cuando el viento del océano perseguía sin piedad a los transeúntes y los obligaba a esconderse en el metro. Feo, mejor dicho, desangelado, aquel túnel sin duda proporcionaba un refugio inapreciable contra

el viento invernal. En verano, sin embargo, se convertía en un auténtico infierno.

«El metro neoyorquino es, tal vez, el lugar donde se produce, de la manera más natural, la convergencia de las distintas capas sociales», dijo en cierta ocasión un conocido de Eva, un joven científico con tendencia a filosofar que, gracias a la generosidad de una fundación estadounidense, se dedicaba a estudiar la democracia en los países donde esta no existía. A diferencia de él, Eva se costeaba ella misma el billete de avión y el alojamiento en el hotel, de manera que ella sí podía comprobar sin atadura alguna en la práctica la teoría de marras.

Llevaba tres días desplazándose exclusivamente en metro por Nueva York, de hecho no conocía más que los espacios subterráneos. La arbitraria teoría de su conocido le pareció acertada al observar cómo señores con corbatas y rigurosos trajes oscuros se apretujaban contra las muchachas de color que al llegar a su destino no tardarían en vestir sus blancos uniformes de camareras. Horas más tarde los encorbatados y las camareras volverían a encontrarse en algún local céntrico de la ciudad, pero las chicas correrían con las bandejas llenas entre las mesas mientras los trajeados descansarían un rato ante una cerveza. Al anochecer coincidirían otra vez de regreso a casa. Eva se preguntaba si en Estados Unidos toda la convergencia no se limitaba a eso.

Con la excepción de Manhattan.

¡Oh, Manhattan! Bastaron tres días para que Eva se diera cuenta de que Manhattan era una ciudad dentro de una ciudad y cuyos habitantes eran de una especie especial: a pesar de su diversidad étnica, uno podía distinguirlos de los forasteros al instante. Las niñas, las jóvenes, incluso las mujeres maduras de Manhattan destacaban por su belleza; altas o bajitas, todas eran ágiles y esbeltas. Los hombres, que a primera vista vestían con cierta negligencia, le parecían a Eva mucho más interesantes que el conocido modelo hollywoodiense. Los vecinos de Manhattan

tenían algo en común que Eva creía notar en sus ademanes, en sus gestos, hasta en la ropa negra que no se quitaban ni siquiera en los días más calurosos.

Durante los trece minutos —justo los que marcaba el horario— que esperó en el andén la llegada del tren, Eva se sintió como sumergida en una caldera de brea hirviendo. Luego el Lucifer neoyorquino la entregó al aire acondicionado del vagón, el mismo que tal vez la precipitara otro instante en el abrazo de aquel invierno imaginario.

Eva bajó en una estación cualquiera, decidida a cambiar el plan que tenía previsto para aquel día y regresar pronto al hotel. Y otra vez esperando en otro andén, reparó en una alimaña peluda que corría entre los rieles, donde —imperturbable ante la indiferencia ajena— habría bajado en busca de un poco de fresco. Eva desvió la mirada de aquella rata neoyorquina con repugnancia.

En Lexington el metro vomitó otra porción de viajeros sudorosos y jadeantes. Eva se mezcló con ellos. Para salvarse del calor insoportable de los túneles subterráneos de la ciudad, prefirió recorrer a pie el tramo que le quedaba, pero ¡no!, el hormigón caldeado de la superficie no significó más que el traslado a otro taller de fundición. La caminata al hotel se eternizó: su humilde habitación le pareció un verdadero oasis.

Con sensación de alivio, Eva se sentó en la cama revuelta. Se trataba de una habitación espaciosa situada en la planta decimocuarta, cuyo aparato de aire acondicionado General Electric de los primeros años sesenta cumplía su útil función con un ruido espantoso que solo las furiosas sirenas de las ambulancias y los bomberos lograban superar.

«¡Qué sitio tan terrible y fascinante a la vez!», sintetizó Eva.

No sabía cuánto tiempo se quedaría en Nueva York. Todo dependía de cómo le salieran las cosas.

Con el pretexto de acostumbrarse a la diferencia de horario, las primeras veinticuatro horas Eva apenas abandonó el hotel.

Al día siguiente, dio un paseo por la Tercera, pero se apresuró a meterse en la primera cafetería, donde permaneció horas enteras mirando a través de los cristales u hojeando los periódicos. Al tercer día se armó de valor, cogió el metro y llegó a la calle 42, punto de confluencia de todos los advenedizos fortuitos de Nueva York. Paseó de un lado a otro, ejercitó sus conocimientos de inglés, se tranquilizó al comprobar que entendía y la entendían. Luego decidió dar una vuelta por las calles que se desviaban del itinerario turístico obligatorio. Sacó de su bolso una agenda, revisó atentamente la dirección que tenía apuntada y con relativa facilidad la encontró en el plano de la ciudad. Sí, podría ir caminando, solo estaba a tres manzanas. A medida que se acercaba a aquella dirección, se fue apoderando de ella una sensación de miedo e inseguridad que la hizo regresar apresuradamente sobre sus pasos en busca de la estación de metro más cercana.

«En realidad, el miedo es la huida de una fobia sin definir. Es una noción que no pertenece al mundo real sino al imaginario.» Eva trataba de remediar su apocamiento parafraseando a Jung. Aquel era uno de los clichés que a veces aplicaba en su trabajo como terapeuta. Muchos de sus pacientes padecían neurosis ansiosa, una enfermedad mental tan extendida en los últimos tiempos después del cambio político que amenazaba no solo a ciertos sectores sino a la sociedad entera. Eva había descubierto sus síntomas primero en su círculo más cercano de amigos y conocidos, pero luego llegó a observarlos en ámbitos mucho más vastos. Se convirtió en el confesor predilecto de conocidos y desconocidos. Ensayó técnicas y métodos nuevos y, al obtener buenos resultados, cogió tanta seguridad que se animó a iniciar así su carrera profesional. Comenzó a atender a pacientes y a ejercer de psicoterapeuta. Cuando Eva perdió el trabajo, aquella experiencia la ayudó a montar su propia consulta y a socorrer a los demás, si no con otra cosa, por lo menos mostrándoles compasión. Les ofrecía, a cambio de unos módicos honorarios, una terapia combinada que apenas iba más allá de la solidari-

dad momentánea y la consolación amistosa. Ser psicoterapeuta la hacía sentirse útil y lo que cobraba en la consulta le permitía vivir sin grandes lujos pero bastante bien. Y, además, no solo contaba con el ingreso extra de las colaboraciones que enviaba a la revista donde había trabajado como empleada hasta que habían dejado de pagar con regularidad los salarios de sus colaboradores de plantilla sino también con el dinero que ganaba en una emisora de radio privada por responder a preguntas sobre el estrés, las fobias y las neurosis en un programa nocturno. La mayoría de sus oyentes eran hombres a los que a esas horas tardías les daba por confesar sus problemas sexuales. Eva trataba de consolarlos explicando con términos científicos que la erección no era el factor más importante para la autoestima de un hombre, algo de lo que no conseguía convencerlos porque ni ella misma lo creía del todo. El programa tenía éxito y Eva rezaba con toda el alma para que aquella emisora privada no llegara a quebrar como tan a menudo sucedía con muchas de esas empresas efímeras de los años noventa.

Y, a pesar de todo, Eva no era capaz de aplicarse a sí misma su terapia exitosa. «Para vencer el miedo hemos de aclarar sus causas y regresar a la fuente misma de nuestra fobia.» Este consejo del viejo papá Freud era excelente, pero no proporcionaba ningún remedio contra el miedo que se obstinaba en persistir aun después de haber desenterrado sus raíces. Y ese era el caso de Eva. Dejó de dar vueltas al asunto para evitar convertirse en su propia paciente.

Encendió la radio, un aparato de una antigua marca japonesa, que el hotel generosamente incluía en el precio del alojamiento de ochenta dólares por día. A pesar de la mala calidad del sonido, logró escuchar una parte del concierto para violonchelo de Antonín Dvořák. El violonchelista se llamaba Yo-Yo Ma.

— ¡Qué maravilla!

Le gustaba tanto la música clásica que le devolvía el buen humor aun cuando se encontrara abatida. «Porque es sublime.

Lo sublime nos devuelve la autoestima y nos levanta el ánimo.» Se fue tranquilizando y decidió deshacer la maleta de la que en tres días había sacado poco más que el camión y el cepillo de dientes. Sacó también su portátil e intentó conectarse a la red. En vano. Y aquello le molestó: Eva quería revisar su correo. «Tendré que bajar a la recepción», decidió Eva, encaminándose hacia la estrecha escalera del pasillo.